



Nº 1

Barataria de don Quijote, SEPTIEMBRE 1954.

PRESENTACION

Cierto es que las épocas de auténtica y positiva grandeza han quedado marcadas en la Historia por el genio de los artistas que ellas han alumbrado; pero sería injusto, irriverente y hasta monstruoso negar su providencial grandeza al régimen imperial del Caudillo porque bajo él las fuentes del Arte español parezcan secas. Lo que ocurre es justamente lo contrario: que su grandeza sobrepasa todo lo anteriormente conocido, de tal manera que los verdaderos artistas han quedado como pasmados y estupefactos ante la desconocida empresa de lanzarse a plantar al Caudillo, escultor, cantarlo o poner música a sus hazañas incomparables.

Sin embargo, los artistas van saliendo de su estupefacción, y, por lo que respecta a la literatura, ofrecemos aquí unas muestras de ello, no tan brillantes como merecen su objeto y su intención, pero anunciadoras de una duda de un renacimiento, del cual esperamos dar aún mejores testimonios.

ESPANTOSA GRANDEZA

Dadme, oh cielos, ardor, talento y vida
para cantar la patria engrandecida,
y para honrar también como él merece
al Caudillo imperial que la engrandeció.
No abandone, Señor, tu Providencia
el zambal con que lleva a Su Excelencia
y siempre, como ahora, le concedas
esa gracia que dicen las monedas.

Así, su alto poder engrandeciente
seguirá siendo, asombro de la gente
y, viendo con envidia tanto brío,
dirán en todo el mundo ¡vaya un tío!
Con el poder que el cielo le ha otorgado
el Caudillo la patria ha transformado.
Con abusos, con bombas y con minas
la ha cubierto de espléndidas ruinas,
y por él ante Europa muestra Iberia
la grandeza moral de la miseria.

Ya está bien aclarado aquel misterio
de que España marchaba hacia el Imperio,
pues, llevada por Franco, de la mano,
ha entrado en el Imperio americano.

La promesa, señores, cuerpo tomar
aquello del Imperio no era broma.
Y sí, en cambio, no hay pan sobre las mesas,
¡no siempre han de cumplirse las promesas!
Bajo el mando feliz de Su Excelencia,
por doquier se engrandece la apetencia,
y por eso el Caudillo, a quien bendigo,
a cambio de unas bases toma trigo.

Nunca una solución tan deslumbrante
se le ocurrió en España a un gobernante,
y es una muestra más de la grandeza
que saca ese señor de su cabeza.

A su influjo los precios se engrandecen:

¡cómo suben, señores, los precios!

Se acrecientan las glorias militares
vendando en la patria quibratres.
Se engrandecen y corren los murmullos
sobre grandes y espléndidos chancullos
con los que se improvisa esa riqueza
de la que a corte de Franco da grandeza.

Lo necesario ver para creerlo
cómo se ha engrandecido el estraperlo,
y cómo el estraperlo ha engrandecido
a tanto fulanismo protegido.

Juana con los dineros del Estado
hubo tanto bigardo estupidísimo,
pues el estupidísimo bigardísimo
es la salca del francofalangismo.
Sale de él con los títulos más varios
una inmensa legión de funcionarios
que, conducidos por la Providencia,
no tienen que aprender ninguna ciencia,
mas si la necesitan por ventura,

se les da «honoris causa» la cultura,
con lo cual tienen ya lo suficiente
para hacer su labor engrandeciente.

Tanto, Señor, tanto engrandecimiento
debemos al Glorioso Movimiento.
Sólo se ha conseguido tanto brillo
por el talento enorme del Caudillo
y por la intimidad que Su Excelencia
tiene con la Divina Providencia.
Así marcha el Caudillo hacia la gloria
ordeñando grandezas a la historia;
y mientras las ordeña, placereros,
lo bendicen obispos y banqueros.

Tan sólo en ese mundo engrandecido
el español se siente enfajecido;
por eso, si he de hablarlos con franqueza,
¡Vive Dios que me espanta esta grandeza!

Firmado PEREZUQUÉ

ROMANCE DEL PEÑÓN

Con sus huestes, el Caudillo
está frente a Gibraltar,
con pluneros, charreteras,
bandas, borlas y demás.
En el pecho, cien medallas,
treinta cruces y un collar.
Nunca estuvo tan gallardo
el invicto general;

el que al español venciera
con ayuda, claro está.

Al Peñón mira unas veces,
otras veces mira al mar
y en él a un barco que viene
con una insignia real.

Un instante mira al cielo;
y a los que tiene detrás,
desenvainando la espada
así les comienza a hablar:

«Esta fecha, falangistas,
con la punta he de grabar
de este acero que templado
en sangre española está
Un peñón con cinco flechas
en mi escudo he de plantar
y he de poner a esa cumbre
un yugo monumental.

Al inglés hoy para siempre
de la plaza he de arrojár,
y en la jornada esa reina
mala ventura tendrá.

De mi rigor no se queje;
bien se lo hube de avisar.

Pudiera yo no dejarla
siquiera desembarcar;
valer hiciera mis fueros
de Alcaide Mayor del Mar,
donde asistencia me deben
desde el mero al calamar.

A las olas me lanzara

para por ellas marchar
como las cruzó a pie enjuto
el que su gracia me da.
Aquel barco con mi espada
yo lo hubiera de tojar
y hasta hacerlo rebazadas
como si fuera de pan.

Pero dejemos que llegue
porque así mejor será
para evitar que se ahoguen
los que no sepan nadar.

¡Alerta, pues, falangistas;
esta voz, en serio, va!
¡Hará Dios por el Imperio
vamos por fin a marchar!
¡A mí los camisas viejas!
¡Vuestros pitos preparad;
con mi espada venceré
yo os marcaré el compás
que, como Jesús, esa plaza
vamos a jericocar!

Mas... esperad, que mis nervios
de pronto siento aflojar;
una interna voz suecha,
y esa voz providencial
con acento americano
me ordena dar marcha atrás.

En este instante la raya
iba de un salto a pasar;
la victoria ya era cierta
de mi genio militar.

Cogidos los tengo a todos;
dentro de mi saco están

y, sin embargo, en tal trance,
dejándolos escapar,
mostraré al mundo asombrado
mi grandiosa caudillal;
que es renunciar más heroico
a veces que pelear.

En esta ocasión, amigos,

soy más héroe que jamás,
yo solo, sin el apoyo
italiano ni alemán.
Ya que el paso no franquea,
pues no me dejáis pasar,
entonces el Franco, Franco
que también es franquear.
Pero, en fin, el barco llega:

Falangistas la callar!
que si gritáis, los ingleses
se pudieran molestar.

Guárdense todos los pitos
y, en fin, letra vez será
porque ¡quay della si vuelve
su Graciosa Majestad!
Marchaos, pues, y ¡adelante!
¡Adelante para atrás!

Pero, esperad un instante
que me la voya envainar.

Y el Caudillo fué envainando,
con calmosa gravedad
aquella espada invencible
como no la hubo jamás,
hija por partes iguales
de Tizona y Durandal.

No se oculta tras los montes
el sol con más majestad
que el brillo de aquel acero,
se fué en la vaina a ocultar.

Dichosos quienes testigos
fueron de la heroicidad
que señalará la Historia
entre cuatro o cinco más:

En Salamina, Temistocles;
Alejandro, en el Irán;
en Farsalia, Julio César;
Nelson, frente a Trafalgar;
en Austerlitz, Bonaparte
y el Caudillo, en Gibraltar!

(Anónimo popular).

ADVERTENCIA. — Todos nuestros trabajos pueden ser reproducidos libremente, pues no tienen ningún fin utilitario, sino sólo contribuir a la mayor gloria del Caudillo.